

editorcronicas@comercio.com.pe

contracorriente

POR DANIEL FLORES BUENO



RIESGOS. ¿Qué impulsa a un tablista a correr una ola de 10 metros de altura? ¿Qué mueve a unos amigos a viajar miles de kilómetros para buscar las olas más grandes del mundo? Esta es la historia de los Ocean Riders, un equipo especializado en desafiar sus límites físicos y mentales

FOTOS: ENRIQUE CÚNEO



MAR GIGANTE. El 6 de julio del 2006 los Ocean Riders se enfrentaron a olas de hasta 10 metros en Pico Alto. Todos salieron felices a pesar de que a varios se les rompieron las tablas y muchas cámaras fotográficas acuáticas se extraviaron.

Los escaladores del mar

El día que conocía Luisfe habíamos quedado en encontrarnos a las 8:30 de la mañana en la nueva playa Caballeros, en el balneario de Punta Hermosa. En realidad su nombre es Luis Fernando Gómez de la Torre, 47 años, campeón nacional de tabla 1985 y uno de los seguidores del tow-in, un deporte inventado en 1992 por una leyenda viva del surf en Hawái, Laird Hamilton, quien junto con sus amigos Darriek Doerner y Buzzy Kerbox utilizaron por primera vez un jet sky para remolcar a un tablista hasta la cresta de una ola monstruosamente grande y de esa manera desafiar todos los esquemas conocidos en este deporte. Luisfe, como lo conocen todos en Punta Hermosa, fundó hace siete años un equipo de tow-in, al que bautizó con el nombre de Ocean Riders. Un equipo formado por él, su hermano Quique, Guillermo Arce y el brasileño Flavio Caporalli. La idea de esta cita es verlos correr la ola de Pico Alto, ubicada a un kilómetro mar adentro de donde estamos. Una masa de agua que puede llegar a medir hasta 10 metros de alto.

Los Gómez de la Torre son el tipo de hermanos a los que no te gustaría tener de enemigos. Quique es como Zidane pero más grueso y alto, aficionado al boxeo, las artes marciales y el surf. Mientras que Luisfe tiene ese bronceado de los tablistas que viven todo el año corriendo olas, es delgado, pero al mismo tiempo luce más aventado. Tiene un aura de líder que salta a la vista y su rostro, una cicatriz que en realidad es otra historia.

Esa mañana antes de entrar al mar hablamos de los objetivos de los Ocean Riders. De su deseo de correr todas las olas grandes de Sudamérica. Hace un sol que calienta la arena, la playa todavía está vacía y el mar chico. Luisfe me cuenta que durante 15 años corrió remando esa ola hasta que se cambió al tow-in, luego de ver un documental sobre Hamilton en donde este último utilizaba un jetsky para remolcar a los tablistas. “Lo probé y me gustó”, dice. “Gracias al tow-in puedes correr un promedio de 30 olas en una mañana, remolcado por la moto que te moviliza una y otra vez a la ola que quieres. Mientras que un tablista a nado con las justas llegaría a correr tres olas”, afirma este chico miraflorentino que se mudó a Punta Hermosa, en donde tiene un hostel llamado Luisfe. Hasta allí llegan tablistas de Brasil y Hawái para conocer de su mano Pico Alto, una de las diez olas más grandes del mundo. Por su hotel ha caído gente como Garrett McNamara, uno de los más grandes competidores de ola grande del planeta.

Narrar qué se siente correr una ola gigante no debe ser difícil. Pero Luisfe quiere que me suba a la camilla de rescate que utilizan para darme un paseo remolcado por su jetsky. Él, Quique, Flavio y Guillermo que acaban de llegar con su moto acuática. Piensan que para escribir este artículo debo experimentar un poco lo que se siente practicar este deporte. No hay olas grandes, pero igual estoy algo ansioso. Sobre todo cuando Luisfe me dice que me puedo romper las piernas si me agarro bien a la ho-



OCEAN RIDERS. De izquierda a derecha: Flavio Caporalli, Guillermo Arce, Quique Gómez de la Torre y Luisfe al pie de una inmensa ola de cemento en su hostel en Punta Hermosa.

“Todo los tablistas tienen más de una historia con las olas. Son hitos. Marcas de un antes y un después”

ra de subirme a la camilla. Luego, sin mediar más tiempo, aprieta el acelerador de su moto acuática y avanza a toda velocidad mar adentro. Sube y baja las olas, trata de surfearlas. Atrás voy sujetado con todas mis fuerzas a esta especie de bodyboard lleno de agarraderas, la adrenalina corre por mi cuerpo, mi corazón bombea con más fuerza, las gotas del mar me salpican en el rostro y un sentimiento intenso excita mi mente: un sentimiento que no es otro que el miedo. Luego los Ocean Riders me explicarán que el miedo no es malo. Al revés, es una herramienta que te ayuda a estar enfocado. Pero eso será después porque ahora retrocederemos el tiempo tres días antes de llegar a esta playa, para responder la primera pregunta de este artículo. ¿Qué impulsa a un tablista a correr una ola de 10 metros?

“La mente es increíble”, dice Guillermo Arce, 34 años, corredor de seguros, ex alumno del Markham y surfista de toda la vida. Estamos en la sala de su casa en San Isidro. Guillermo me trata de explicar con palabras la pasión que siente por ese tipo de olas y al escucharlo inhalar y exhalar con fuerza el oxígeno de sus pulmones me queda claro



SURF A REMOLQUE. Bautizada en inglés con el nombre de tow-in, permite al surfista subir ayudado por una moto acuática a olas grandes.

la emoción que siente. Me explica que la moto acuática —en su caso una Yamaha 700 de dos tiempos— no solo se encarga de remolcar al tablista mar adentro, donde revienta este tipo de olas, sino de socorrerlo cuando se cae y algo sale mal.

Llevamos una hora conversando sobre el tipo de tabla que utiliza, una de 6 pies, aerodinámica y muy pesada, con un par de straps (unas fundas) en donde se meten los pies para quedar sujetado de tal manera que al primer bache de la ola uno no salga volando. Asimismo, del uso obligatorio de unos chalecos salvavidas. Durante todo este tiempo Guillermo ha seguido inhalando y exhalando, mientras respondía a mis preguntas con datos, cifras y direcciones de páginas web especializadas en mareas, vientos y corrientes. En todo este lapso me ha dejado ver otra de sus facetas, la del broker. La respiración de Guillermo revela una cosa: en la cal-

partir de allí lo que antes te parecía inmenso dejará de serlo y lo que antes te parecía imposible, será posible. Por eso, Guillermo dice que la mente es increíble.

Todos los tablistas tienen más de una historia con las olas. Son hitos en su vida. Marcas de un antes y un después. Conquistas del cuerpo y la mente. Para Flavio Caporalli, un publicista que dejó su carrera por la pintura y la tabla, su ola inolvidable es Jaws, ubicada en Hawái y considerada una de las más grandes del mundo (puede llegar a medir hasta 20 metros). “Para poder correr esa ola tienes que tener una licencia que te dan luego de pasar un examen”, cuenta.

Los hermanos Gómez de la Torre, por su lado, recuerdan con especial emoción Pipeline (7 metros) y Sunset Beach (8 metros), ambas en Hawái. En la primera Luisfe se metió cinco tubos perfectos y un grupo de surfers hawaianos que lo había visto con incredulidad se le acercó, no sabe si con el afán de pegarle o de preguntarle su nombre y nacionalidad. “Who are you?”, “where are you from?”, gritaban sobreexcitados, mientras rodeaban a los dos hermanos. Guillermo también tiene su ola. Se llama Avalanche, ubicada en Oahu, la isla más poblada de Hawái. “Recuerdo que habíamos alquilado un helicóptero para que nos tomara fotos. La noche anterior no había podido dormir porque escuchaba el sonido del viento golpeando las ramas de las palmeras. Era un viento de 60 kilómetros

“Un surfista de ola grande es un administrador de riesgos. Su reto consiste en minimizarlos”

por hora. Entramos al agua muy temprano, por entre las espumas, atravesando una boya más adentro en donde hay una luz para los barcos. Fue esa ola la que me ‘chancó’. Me metió hasta al fondo y la sensación que tuve fue como si me cayera en una avalancha. En esas ocasiones lo que hago es relajarme al máximo y contraerme como si estuviera dentro de una caparazón. Cuánto más tiempo mantenga mi oxígeno será mejor. Si te asustas, tu corazón bombea más rápido y consumes más oxígeno. Para relajarme busco acordarme de cosas agradables en mi vida. El resto es esperar que esa especie de centrifuga termine de hacer su trabajo para que te libere y puedas emerger a la superficie y levantar la mano izquierda. En ese momento la moto que te cuida entra en acción por el lado izquierdo. Tu dupla te jala para colocarte en esa camilla de las agarraderas y solo queda sujetarte para en cuestión de segundos salir del lugar”. Nadie lo dice explícitamente pero es obvio que todos ellos han rozado la muerte. Por eso, parte de su entrenamiento es estar bien con la vida. Porque según me cuentan los Ocean Riders, la vida es como un espejo que te devuelve todo lo que le das. ■